



## No lo tienen nada fácil

El PRI llega en circunstancias que le pueden resultar muy costosas desde cualquier punto de vista: si su apuesta es el fracaso de Calderón, entonces el posible sucesor priista del actual presidente recibirá un país auténticamente en ruinas; por el contrario, si asume una postura responsable no tendrá más remedio que pagar los altísimos precios políticos de sus iniciativas

**E**n tanto el PRI siga siendo un partido de dimensiones nacionales, volverá al poder una y otra vez, de manera inexorable. Perderá gubernaturas y las volverá a ganar; dejará la presidencia de la República y la ocupará de nuevo; tendrá una cómoda mayoría en el Congreso y luego será oposición; decidirá cuestiones beneficiosas para el país y luego se opondrá tozudamente a otras medidas igualmente provechosas si éstas brindan réditos a sus adversarios; jugará siempre el papel que más le convenga y celebrará las alianzas que le hagan falta. El antiguo partido oficial es parte inseparable del paisaje político mexicano: volverá, volverá, volverá... volverá siempre porque de eso va la democracia, de propiciar la alternancia entre los diferentes actores sociales y hasta nuevo aviso, el PRI es todo un señor protagonista.

No podemos, entonces, decretar la extinción de la fugaz transición democrática mexicana sino simplemente constatar que ese partido político sigue estando ahí, como el dinosaurio del cuento de Monterroso, y que no era en lo absoluto esperable, por las razones que fueren, que el PAN terminara instaurando un régimen de tan aplastante longevidad como el que nos recetaron los custodios

vitalicios de la Revolución Mexicana. Los tiempos han cambiado y tampoco podemos imaginar que esto, el retorno de los brujos de siempre, significa otras siete décadas de "dictadura perfecta". Después de todo, el PRI acinó la primera reforma política y fueron los propios priistas quienes prepararon, institucionalmente, el terreno para la alternancia en el poder. Es de agradecer porque los verdaderos tiranos no se van nunca.

Sabido esto —y debidamente digerido—, brota la madre de todas las preguntas: ¿a qué vuelven, para qué vuelven? Y una vez formulada esta interrogante, podemos también preguntarles: ¿Retornan para hacer las cosas que siempre las han hecho? ¿Nos ofrecerán más de lo mismo? ¿Han cambiado? ¿Han querido cambiar? ¿Tienen nuevas propuestas? ¿Van a transformar el país? ¿Su apuesta es un "nuevo" estatismo, como ya lo han estado anunciando? ¿Se sienten eximidos de la obligación de no ser corruptos luego de que muchos votantes les hayan otorgado, desde ya, la dispensa porque "por lo menos, ellos sí sabían gobernar"? Y, hablando de cuestiones más concretas y mucho más apremiantes ¿están dispuestos a apoyar medidas obligadamente impopulares para afrontar la crisis económica —y, sobre todo, la debacle fiscal del Estado mexicano— o han decidido, en una estrategia suíci-

da, malgastar estos últimos tres años del sexenio de Calderón sin tomar decisión alguna que pueda empañar el advenimiento triunfal de su candidato a la presidencia de la República en 2012?

Estas cuestiones son verdaderamente inquietantes. De estos priistas depende, finalmente, el futuro inmediato de un país que ha dilapidado criminalmente el tiempo. México enfrenta problemas colosales pero su clase política, hasta ahora, ha estado atendiendo otra agenda: en ningún momento hemos visto, aquí, que asuntos tan agobiantes y perentorios como la inseguridad o el desempleo merezcan medidas extraordinarias. La actual Legislatura se jacta de haber tramitado montones de resoluciones, leyes y reglamentos pero esto no se ha visto reflejado en la realidad de todos los días que viven los mexicanos de a pie. Dicho en otras palabras, los cambios que verdaderamente requiere la nación no se han gestionado en el Congreso: se habla, a estas alturas, de otra reforma impositiva. Pero ¿no la habían engendrado ya?

Más allá del triunfalismo y las celebraciones, el PRI llega en circunstancias que le pueden resultar muy costosas desde cualquier punto de vista: si su apuesta es el fracaso de Calderón, entonces el posible sucesor priista del actual presidente recibirá un país auténticamente en ruinas; por el



contrario, si los tricolores asumen una postura responsable no tendrán más remedio que pagar los altísimos precios políticos de sus iniciativas; pueden, desde luego, decidir pecar de omisión y mirar hacia el otro lado. El país, sin embargo, se les puede ir de las manos. Caro, muy caro todo. ■■  
[revueltas@me.com](mailto:revueltas@me.com)

**Pueden, desde luego, decidir pecar de omisión y mirar hacia el otro lado. El país, sin embargo, se les puede ir de las manos**

